

prensa o en la Radio ya está hecho el mal: y el mal es ni más ni menos que midiéndolo por un rasero propagandístico a todos los valores, se perjudica de consuno, al público—un poco papanatas o ingenuo, que toma la chatarra por oro de Ley—, a los mismos artistas a quienes se coloca en un régimen de igualdad, que sólo favorece a los medianos en perjuicio de los buenos y selectos; y aún a los malos perjudica también, pues en definitiva, y pese a las propagandas dinerarias surge el desengaño, cuando se convencen de que no es lo mismo escribir a la familia o amigos, o cantar cuando se friega o se afeita, que producir una novela o entonar un canto en calidad de animadora o vocalista. Loable es el afán de fama, notoriedad y fortuna; legítimo y más en los tiempos en que nada basta buscar medios de soportar la vida; pero es obligación de la crítica, sofrenar los impulsos benévolos en muchos casos y sujetar los desafortunados vuelos de la propaganda, sin más límites que el interés de empresa, en nombre de los igualmente atendibles del público, que en definitiva paga, para que no le equivoquen ni desorienten.

† FRANCISCO BELMONTE

SUSCRIBASE USTED

a la «Biblioteca Extremeña», publicada por el Departamento Provincial de Seminarios de F. E. T. y de las J. O. N. S., en la Alta Extremadura, de la que han aparecido los siguientes volúmenes:

- 1.º—*Bibliografía de Extremadura* (Cuaderno I), por Domingo Sánchez Loro. Precio: 12 pesetas.
- 2.º—*Libro de la vida y milagros de los Padres Emeritenses*, por Paulo Diácono. Precio: 16 pesetas.
- 3.º—*Amenidades, florestas y recreos de la Provincia de la Vera Alta y Baja, en la Extremadura*, por Gabriel Azedo de la Berrueza y Porras. Precio: 12 pesetas.
- 4.º—*Posibilidades industriales de la Alta Extremadura*. (Ciclo de conferencias organizado por el Seminario de Estudios Económicos de F. E. T. y de las J. O. N. S. de Cáceres). Precio: 30 pesetas.
- 5.º—*Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, por Fray Alonso Fernández. Precio: 80 pesetas.

PROXIMO VOLUMEN.

- 6.º—*Historia de Cáceres y su Patrona*, por Simón Benito Boxoyo.

"LA CUCA"

(ROMANCILLO PATETICO)

I

¡Qué pena más grande
me da cuando pasa!
Todos la persiguen,
todos la maltratan.
—Es Petra, la *Cuca*—
al cruzar exclaman.
No hay luz en sus ojos,
tiene su mirada,
turbia, seca, triste,
pesadumbre y rabia.
Piojosa, harapienta,
la faz arrugada,
los cabellos lacios,
greñosa y descalza,
encorvado el cuerpo,
como si tiraran
implacables de él,
las terribles Parcas.
Manos sarmentosas,
boca desdentada,
el semblante austero.
cetrina la cara
y una pena horrible
metida en el alma,
cuando por las calles
la chusma, borracha
de impiedad y de odio,
la acosa a pedradas.
Los chicos la injurian,
con ira, con saña;
al rostro la escupen
sus viles palabras:
—¡Que viene la *Cuca!*..
¡Sarnosa! ¡Carpanta!
La siguen a gritos
como una bandada
de gárrulos grajos
en la tarde plácida.

II

¡Qué pena más grande
me da cuando pasa!
Vivió en las afueras,
junto a la Calzada,
en una casucha
de techumbre baja,
el postigo roto,
fea, achaparrada,
cuatro sillas dentro,
una dura cama,

de torcidos hierros
y andrajosa manta.
La Justicia, torva,
porque no pagaba,
la puso en la calle
sin dolor ni lástima.
Sacaron los trastos:
el catre, la almohada,
un palanganero
con una jofaina
amarilla y sucia,
la sartén, el arca
y cuatro cacharros
de horrorosa traza.
En torno, los chicos,
sin piedad aullaban:
—¡Pringosa! ¡Lechuzas!
¡Sarnosa! ¡Borracha!
Reían las viejas
desde las ventanas.
Ni una sola mano
se tendió magnánima.
La curia, implacable,
remató la hazaña,
y el catre, las sillas,
el colchón, la manta,
al Juzgado fueron
en rehenes, hasta
que Petra la *Cuca*
las costas pagara.

III

¡Qué pena más grande
me da cuando pasa!
Los perros arrufan
el hocico y ladran,
se burlan los mozos
de su triste facha,
y la cantan coplas
picantes y cáusticas
que corean los chicos
entre risotadas.
La *Cuca*, medrosa,
su cabeza agacha,
aligera el paso,
entre dientes habla,
tropieza y se cae,
se levanta y anda,
deprisa, azarosa,
atemorizada...
¡Oh negros caminos
de la suerte aciaga!

¿Por qué tal escarnio?
 ¿A qué tanta infamia?
 ¿No oyeron los hombres,
 del Bien la llamada?
 ¿Qué linaje es éste
 que las uñas clava
 en la herida abierta
 de estas pobres almas?
 ¡Oh mortal angustia!
 Mi corazón sangra;
 a mis ojos secos
 acuden las lágrimas,
 y apacibles, dulces,
 por mi rostro bajan.

IV

¡Qué pena más grande
 me da cuando pasa!
 Los ojos hundidos,
 la figura extraña,
 quebradiza, etérea,
 cual la de un fantasma;
 de andrajos vestida,
 mugrienta la falda,
 los pies renegridos
 cubiertos de llagas,
 el corpiño roto
 en pecho y espalda,
 y el semblante muerto,
 como una carátula
 que a la misma muerte
 ridiculizara.
 Un día no pude
 renunciar a hablarla.
 Caía la tarde
 y una forma vaga,
 irreal, huidiza,
 las cosas tomaban.
 Me contó sus penas
 en pocas palabras.
 ¡Qué inquietud más honda
 sentí al escucharla!
 Un cubil inundo
 era su morada:
 sórdido abrigo
 más bien de alimaña
 que condigno asilo
 de criatura humana.
 Compartía el techo
 con un hijo: el Rata,
 que desde la Guerra
 impedido estaba.
 En yacija innoble
 sin jergón, ni manta,
 su cuerpo tullido
 la muerte aguardaba.
 Del sobrio alimento
 que en sus caminatas
 por plazas y calles
 la *Cuca* lograba,

dos bocas hambrientas
 razón, presto, daban.
 —Come tú, hijo mío,
 cuanto tengas gana.
 Toma este migote,
 úntalo en la grasa...
 Yo ya estoy tupía
 de tantas patatas...
 ¡Admirable embuste
 de una madre santa!
 ¡Qué noche más negra!
 ¡Qué noche más larga!
 Los campos baldíos
 se cubren de escarcha...
 —¿Tienes frío, prenda?
 Echate mi falda,
 rézale a la Virgen,
 y la Virgen haga
 que sea tu sueño
 de paz y esperanza.
 —¡Qué vida más perra!
 el tullido exclama.
 —No blasfemes, hijo;
 duérmete y descansa.
 Ululante el viento
 franquea la entrada
 del refugio inhóspito,
 los mastines ladran,
 cruje la techumbre
 y el fuego se apaga
 tras un mortecino
 fulgor de las brasas.

V

¡Qué pena más grande
 me da cuando pasa!
 Corva, pitañosa,
 cenceña, ahilada,
 lívido el semblante,
 la cabeza gacha,
 como si quisiera
 que no la miraran.
 La chiquillería
 que juega en la Plaza,
 tan pronto la siente,
 contra ella se lanza:
 —¡Que viene la *Cuca*!
 ¡Rijosa! ¡Tunanta!
 ¡Que la sangre bebas
 de tu amante el Rata!
 No puede la vieja
 aguantar la sarta
 de tales injurias
 y les hace cara:
 —¡Bandidos! ¡Herejes!
 ¡Bribones! ¡Canallas!
 ¡Que el cielo castigue
 villanía tanta!
 Trémula, cansina,
 reanuda su marcha

bajo los insultos
 de la muchachada,
 que tenaz la sigue.
 la acosa y la asalta.
 Ella se defiende,
 cruza la calzada
 como una leona,
 patalea, rabia,
 hasta que las fuerzas

y en la Corralada
 volvieron cobardes,
 de nuevo a la carga.
 La gente acudia
 a ver la batalla.
 ¡Una lucha insólita,
 desproporcionada!
 —¡Raposa! ¡Hechicera!
 ¡Ladrona! ¡Camándula!



del todo le fallan
 y al suelo se tira
 exánime, exhausta.

VI

¡Qué pena más grande
 me da cuando pasa!
 Ayer la siguieron
 por la cuesta Aldana,
 cruzaron el Puente

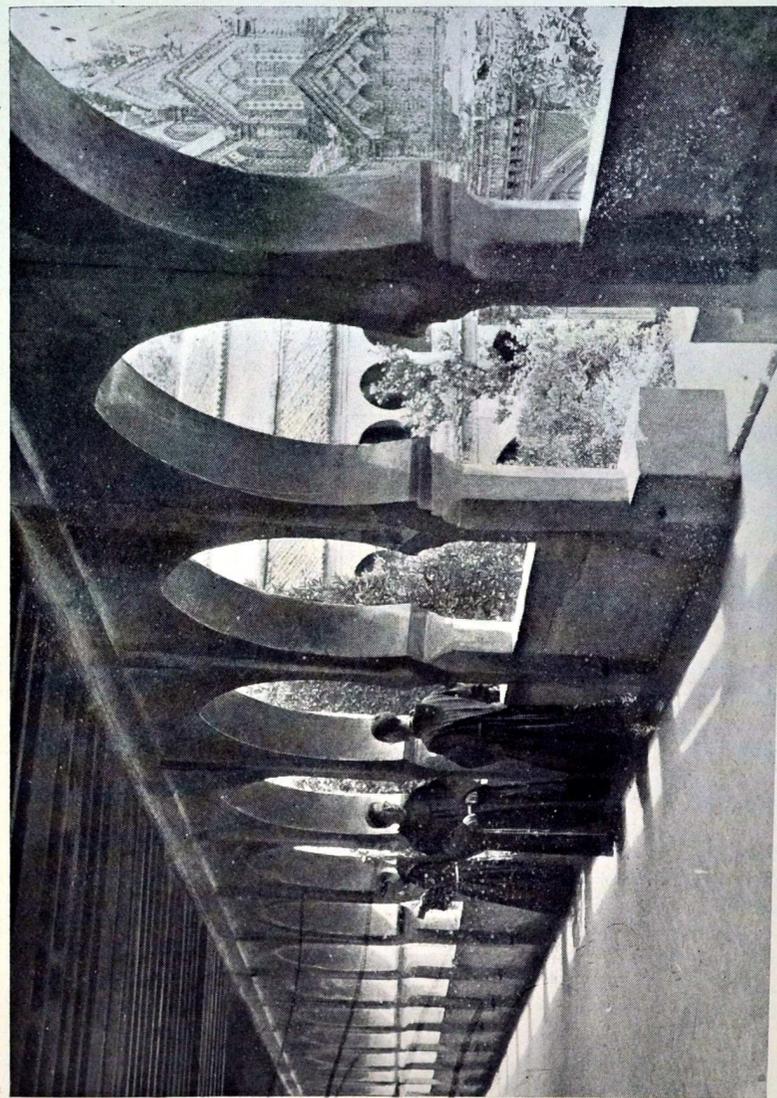
¡Que tienes la bolsa
 bien llena de plata
 y el buche de vino!
 ¡Fragona! ¡Borracha!
 —¡Dejadme, dejadme!..
 la *Cuca* imploraba—
 Que hace cuatro días
 que no como nada.
 ¡Dejadme, granujas!..
 Las fuerzas me faltan.

Se sienta en el suelo
y una tos asmática,
cavernosa y dura,
la deja sin habla.
¡Qué ajena la tarde
a cuanto pasaba!
Trasponía el sol
la prócer montaña,
y una luz cernida,
tenue, aurirrosada,
singular hechizo
al paisaje daba.
Siguieron tras ella,
feroces, aullándola.
Un agudo canto
la hirió en la quijada.
—¡Dejadme, por Cristo!..
Mi vida se acaba...
—¡Hemos de quitarte
las perras que sacas
con tus letanias,
sarnosa, lagarta!
Bajado el otero
la senda se ensancha
y a la orilla izquierda
un regato canta,
fugitivo y leve
como una sonata.
¡Qué adusto el camino
en la noche clara!
Los duros guijarros
herían sus plantas...
Franqueó la *Cuca*
del cubil, la entrada,
atrancó la puerta,
puso en la ventana
de puntal un leño
que había en la cuadra,
y esperó impaciente
a que se marcharan.
—¿No trae sobras, madre?
—Traigo una pedrada
en el rostro... Mira,
todavía sangra.
¿No oyes a esos tunos
que bien se despachan?
—¡Ah, si yo pudiera
los escarmentaba
de una vez pa siempre!
—¡Calla, prenda, calla!
No sea que te oigan
y asalten la casa.
No andaba la *Cuca*
muy descaminada.
Uno de los chicos,
—estampa gitana,
los ojos diabólicos,
la faz atezada,—

Ilustración de SOLIS AVILA.

proclamó altanero:
—¡Vamos a quemarla!
Sumisos los otros
a tanta arrogancia
la leña acarrean
en torno a la casa,
y en un dos por tres
arden las retamas,
el pasto, el carrizo;
prende en la ventana,
seca, carcomida,
la rojiza llama
y el cálido viento
el fuego propaga,
hasta que el refugio
es ya sólo un ascua.
—¡Socorro!.. ¡Valednos!—
grita dentro el *Rata*.—
¿Nadie nos protege?
¿Nadie nos ampara?
¡Madre, que me ahogo!..
¡Sáqueme usted a rastras!..
Intentó la vieja
la suprema hazaña
de cargarse al hijo
sobre las espaldas.
Desmedido esfuerzo
para quien estaba
sin sangre en las venas,
transida, agotada!..
—Llegó nuestra hora,
hijo mío, aguanta.
Fué todo un relámpago.
Los chicos se apartan,
del espanto presos;
crece la fogata
que alimenta el aire
y se desparrama
en vivos destellos
áureos, escarlata.
—¡Salvadnos, Dios Santo!
¡Mis piernas se abrasan!..
Se oye, del tullido,
su torpe palabra.
La turba se aleja
en la noche trágica.
Los claros luceros
su fulgor irradian
sobre los arcanos
de la vida humana...
Chisporrea el fuego,
la techumbre salta
en un haz luminico
de grandeza fáustica,
y abajo en el suelo
dos cuerpos se abrazan
en el fondo rojo
de la lumbrarada.

PEDRO ROMERO MENDOZA



ALBUM EXTREMEÑO. — Claustro mudéjar (Siglo XIV), del Monasterio de Guadalupe